



Recuerdos de mi abuelo Hilario Zalba

Camilo Galetti

Cuando hace algunos días me reuní con Pablo Szelagowski en las oficinas de la revista de la FAU más o menos paralelamente debía haber tenido lugar la exposición sobre Hilario Zalba. La idea era entonces ofrecer un marco a esta exposición a través de la revista con un artículo alusivo, y es en ese momento en que Pablo me propuso escribir un artículo sobre mi abuelo a lo que naturalmente accedí encantado.

No obstante mi reacción una vez aceptado el compromiso fue de creciente duda acerca de cómo encarar una empresa como ésta, puesto que en definitiva mi experiencia es la de un nieto más o menos malcriado que ha tenido la suerte de disfrutar de un abuelo poco más que peculiar. Fue entonces que decidí reflexionar acerca de aquellas cosas que más me han marcado a lo largo de mi niñez y adolescencia y del periodo de ingreso a la Facultad de Bellas Artes y luego Arquitectura.

El Hilario Zalba que a mí me tocó vivir estuvo muy ligado a sus años en Tafí del Valle, Tucumán, lugar donde decidió radicarse treinta años después de haber comprado un terreno en la época en que se desarrollaba la escuela de Tucumán en San Javier, localidad cercana a la capital tucumana.

Chilo, como le decíamos los nietos, había plantado unos pinos a mediados de la década del cuarenta y que crecieron a lo largo de estos años para convertirse en los formidables árboles que aún hoy conserva el último propietario de la que hasta hace unos años fuera su casa.

Cuando decidió jubilarse ya tenía bien pensado radicarse en Tucumán y después de tantos años poder realizar el sueño de hacerse su propia casa. Hasta muchos años después y ya algo más empapado en la disciplina, no caí en la cuenta de lo que había significado este importante hecho, no tanto la construcción de su casa sino más bien el volver a enfrentarse a un medio geográfico conocido para volver a reinterpretarlo, esta vez de una forma esencialmente distinta en comparación con sus primeras experiencias. Por supuesto la dimensión de este proceso pasaba para mí absolutamente desapercibida, puesto que de hecho los únicos edificios que vi construir a mi abuelo fueron las casas de Tafí del Valle, con excepción del arreglo de nuestra casa de la Plaza Matheu en La Plata a fines de la década del ochenta.

La vida de Tafí junto a mis abuelos era una verdadera aventura, y el paraíso para nuestros padres que parecían disfrutar enormemente de nuestra prolongada ausencia. El valle era lo suficiente grande para todos.

Recuerdo el primer viaje alrededor de los tres o cuatro años cuando Chilo aún no había comenzado las obras de su casa. En el terreno vecino vivía otro arquitecto de la dorada época de la escuela de Tucumán: Cino Calcaprina, que

como Tedeschi y Rogers habían llegado a la Argentina después de la Segunda Guerra Mundial.

Calcaprina se había construido una casa de madera, residencia que albergó las primeras incursiones de nuestra numerosa familia en las temporadas estivales. Mi abuela Sara se la pasaba protestando acerca de lo fría que resultaba la casa, sin que por ello Chilo hiciera realmente ningún escándalo. La verdad es que tuvo oportunidad de meditar acerca de las posibilidades que ofrecía el lugar, teniendo en cuenta que a esas alturas conocía de sobra los constantes cambios de clima de una de las zonas más altas del valle. El resultado de estas consideraciones se tradujeron en una maravillosa y cómoda casa con una hermosa vista sobre el lago artificial de Tafí y el pueblo "El Mollar", a la entrada del valle. De esta casa lo primero que me viene a la memoria es la palabra "adobe", ya que desde luego, de chico nunca la había oído anteriormente. Pues resultó que decidió hacerse la casa con bloques de arcilla cocidos al sol, ni más ni menos. Y por supuesto un formidable techo a dos aguas que desafiaba a los fuertes vientos gracias a las piedras de canto rodado que mi abuelo había subido una a una con ayuda de Florencio, el jardinero, para sustituir a los usuales clavos, y que provenían del "cañadón", que era el curso de agua que pasaba muy cerca del terreno y eterno refugio de nuestras incansables aventuras.

Estos fueron quizás de los mejores recuerdos que guardo de aquellas épocas, en donde íbamos a ver producciones tan disparatadas como "Cinco osos locos y un payaso" a la iglesia del pueblo en sus esporádicas y apasionantes sesiones cinematográficas.

Mi abuelo no sólo ocupaba su tiempo como arquitecto proyectando para clientes privados, sino que paralelamente



Casa Paz, Tafí del Valle, Tucumán.

se ocupó también de los problemas del valle a través de la Municipalidad de Tafi (como por ejemplo el creciente problema de la erosión). Gran parte de cuestiones semejantes a menudo se cristalizaban en expresiones de deseo, la mayoría de las veces por falta de recursos de instituciones con mayor jerarquía. En cualquier caso, abordar tareas de este calibre requerían fundamentalmente de enorme paciencia y, sobre todo, organización. Y he aquí una gran contradicción: Chilo era absolutamente metódico en el trabajo, algo que decididamente debía a su rigurosa educación y sin embargo era una de las personas más desordenadas que he conocido.

Creo que una de sus características más sobresalientes era justamente el poder enfrentar un problema básicamente por haberse tomado el tiempo en entender cuál era ese problema. Quizás sea ésta una de las instancias más complicadas: el establecer una base de trabajo en función de haber identificado un objetivo claro, en dónde muchas veces la solución que aparece como la más sencilla (y por eso desestimada injustamente por "facilista") resulta ser la que resuelve el problema de forma idónea optimizando los recursos disponibles.

Chilo podía pasarse horas sentado en la misma posición, con las piernas cruzadas una pendiendo con hipnóticos movimientos sobre la otra, las gafas de ancho marco negro y el tablero individual que lo acompañaba por todo el valle. Por supuesto eran frecuentes sus jornadas de dibujo al aire libre, sobre todo en verano, a la sombra de alguno de los pinos a escasos metros de la casa. Mi abuela (eternamente paciente) le llevaba el café con leche en una bandeja con tostadas y mermelada casera. Al cabo de veinte minutos volvía junto a él para juntar las cosas pero, claro, Chilo no había siquiera adivinado la presencia del ocasional menú.

Mi abuela volvía (no sin decir nada) a calentar el café y a hacer nuevas tostadas. Este proceso se repetía unas tres veces hasta el estallido (algo comprensible) de Sara.

Creo que mi reencuentro con Chilo fue al entrar en la Universidad. La adolescencia suele ser un período poco familiar, y la verdad es que, en el caso de mis abuelos maternos, no tuve gran contacto con ellos durante estos años, siendo a su vez un factor determinante la distancia que mediaba entre La Plata y Tafi del Valle.

Cuando algunos años más tarde decidí comenzar Diseño Gráfico tuve una charla con Chilo, ya que en ese momento estaba estudiando historia del diseño y tenía unos cuantos agujeros negros insalvables. Fue entonces que mi abuelo tomó algunos libros de su biblioteca, y los que no encontró los buscó en la biblioteca de la FAU: "Alcances de la arquitectura integral" de Walter Gropius, "El Modulor" y "Hacia una arquitectura" de Le Corbusier, y el catálogo de la exposición del Bauhaus en el Museo Nacional de Bellas Artes de 1970. Me dijo que me leyera todo eso y que viera la hija de una amiga suya que estaba por recibirse de arquitecta para que me recomendara bibliografía sobre Art Nouveau. El resultado fue que por casualidad terminé leyendo "La arquitectura en la primera era de la máquina" de Reyner Banham, y allí sobrevino un cambio muy importante, al menos para mí: decidí que iba a empezar a estudiar arquitectura.

Es curioso porque nunca antes me había parecido algo muy interesante sino más bien todo lo contrario. Tenía siempre el recuerdo presente de las tediosas visitas de obra de mi abuelo y de lo poco que me entusiasmaba ver el proceso inconcluso, con la obra llena de baldes y bolsas desparramadas por todos lados, y el incansable "no te subas ahí!", cuando lo único auténticamente divertido era incursionar



Casa Zalba, Tafi del Valle, Tucumán.

en los andamios. Desde ese momento Chilo apareció como un personaje sustancialmente nuevo no porque fuera distinto sino porque a través suyo podía empezar a completar el rompecabezas que se había iniciado con ese dichoso examen de la facultad.

Fueron definitivamente los primeros años de la carrera los más importantes por varios motivos, uno de los cuales fue la posibilidad única de corregir con mi propio abuelo. Recuerdo muy claramente un trabajo de segundo año de la facultad: "Parador de ómnibus en Punta Lara". El trabajo era muy interesante porque la escala del edificio era reducida, los materiales estaban definidos "a priori" y la zona era inundable, lo que hacía suponer que la arquitectura local no estaba muy lejos de la solución ideal: el palafito. En el planteo en el que estaba trabajando la cubierta se apartaba de la coherencia de la planta, y en un momento que la duda fue más fuerte que el orgullo acudí en busca de la experiencia familiar, es decir, Chilo. Cuando vio el proyecto me dijo: "Y por qué no hacés una nave única con un techo a dos aguas?". Casi me caigo de espaldas sino fuera porque empecé a tartamudear de indignación. ¿Cómo iba a hacer un techo inclinado si se trataba de una obra de espíritu moderno?. Resultaba al menos para mí, una infranqueable contradicción.

Con el tiempo he tenido innumerables ocasiones de reflexionar sobre este tema, y la posibilidad de contemplar obras auténticamente modernas con recursos formales de este tipo. De aquí se desprende la segunda gran enseñanza que me ha dejado mi abuelo: racionalidad y sobre todo sentido común. Si llueve, se necesita pendiente para desaguar, con lo cual un techo plano es además de un capricho, un riesgo innecesario.

Para ese entonces Chilo había superado hacía ya muchos años los 'tics' tan frecuentes en algunos arquitectos, (entre los que necesariamente me debo incluir) para transformarse en una persona que se nutría de su propio bagaje y cúmulo de experiencias. Cada problema exigía una solución que se adecuara al programa de necesidades y al entorno en

que debía inscribirse, por lo tanto específica, y no una simple adopción de criterios formales abstractos con un fin en sí mismos.

No obstante, el verdadero descubrimiento de mi abuelo como arquitecto se produjo paradójicamente después de su muerte. En los años en que yo cursaba Procesos Constructivos en la cátedra de Jáuregui, conocí a mi profesora Gladys Cosogliad, que a su vez había sido alumna de mi abuelo y de quien conservaba un vívido recuerdo. Fue gracias a ella que surgió la idea de realizar un homenaje aunque sin saber a ciencia cierta en esos momentos cuáles eran nuestras posibilidades, no sólo por el tiempo que había que dedicar a una empresa semejante sino también por la falta de conocimiento de muchas de sus obras y proyectos, varios de los cuales aún permanecen completamente desconocidos. Luego de más de un año de trabajo se inauguró una exposición en la casa Curutchet, sede del Colegio de Arquitectos de la Provincia de Buenos Aires, y que fue de alguna manera la culminación de un ciclo y el comienzo de otro. Por de pronto el haber tenido la posibilidad de revisar cuidadosamente el material gráfico y escrito de toda una vida que resultó más que clarificador en muchos aspectos. Se puede apreciar la evolución en ese continuo proceso de formación que no culminó hasta sus últimas obras, en donde su vasta experiencia le permitió poder repensar cuestiones básicas como el entorno y el medio geográfico en el que se debe actuar, las tecnologías posibles y las tipologías locales, para rumiar todos estos componentes y obtener un resultado fresco y no dogmático.

Creo que estos últimos años hubieran sido muy entretenidos de haber podido intercambiar opiniones y experiencias con mi abuelo, sobre todo teniendo en cuenta que me he acercado mucho más a su vida de lo que hubiera podido imaginar, y lógicamente, estas cosas no pasan desapercibidas. En lo que a mí respecta, cada vez que tomo el lápiz mantengo un diálogo silencioso con él ■■



Block prototipo, camino Gral. Belgrano y 524, La Plata.



Block prototipo, 11 y 65, La Plata.